

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

La primitiva Iglesia se estableció principalmente en las ciudades. El campo —conservador por naturaleza— le fue más bien refractario. De ahí que a los no-cristianos se les diese el nombre de «paganos» (habitantes de la aldea o «pagus»). ¿Por qué hoy ocurre a la inversa? ¿Por qué hoy la Iglesia experimenta mayores dificultades en los ambientes urbanos que en los rurales? El autor del presente artículo, preocupado por la pastoral en las ciudades, aborda el tema teológicamente, pero sin desprestigiar las aportaciones de la sociología y de la psicología social. Su análisis —amplio, fino y riguroso— presenta las ventajas y las desventajas de la ciudad moderna para vivir hoy la fe cristiana en comunidad. Y proporciona pistas para una pastoral en ambientes urbanos.

A Igreja na cidade, Perspectiva Teologica 28 (1996) 11-43

EL MARCO URBANO

La ciudad es el campo experimental privilegiado para los avances de la modernidad y cualquier reflexión sobre la ciudad pasa necesariamente por una mínima comprensión de la presencia de las tendencias de la modernidad y de sus efectos en la ciudad. Para ello es necesaria una selección crítica de los elementos indispensables y fundamentales para entender la complejidad teológico-pastoral de la ciudad moderna en un país del Tercer mundo.

Esta selección crítica es una tarea urgente, a causa del diferente ritmo entre las rápidas transformaciones urbanas y la lentitud rural de nuestras pastorales. Debemos apretar mucho el paso de la pastoral si queremos alcanzar el batallón avanzado de la ciudad.

Rasgos fundamentales de la modernidad urbana

Al afirmar la centralidad del mercado y la restricción de la intervención del Estado, algunos aspectos del sistema económico capitalista de la creciente tendencia neoliberal marcan profundamente nuestras ciudades. Paralelamente se ha dado una mayor concentración del capital y el consecuente aumento de la exclusión. La rápida modernización de las empresas por obra y gracia de la informática ha producido un aumento del desempleo. Añadamos el éxodo rural y tenemos el fenómeno de la superdensidad y de la favelización de las ciudades con la degradación de la vida humana. La ciudad no puede sopor-

tar un tan gran número de personas paradas sin que esto produzca un largo rosario de efectos perversos.

El impacto del régimen político de la democracia formal sobre los habitantes de la ciudad es ambivalente: disminuye el clientelismo, aumenta la concienciación y la capacidad de elegir ante ofertas diversificadas y plurales. El impacto de los medios de comunicación y del show electoral es todavía mayor (la imagen tiene más peso que el criterio político).

En el ámbito cultural, el impacto de la modernidad es diversamente analizado por los autores. J. L. Segundo opone a la sociedad tradicional (cerrada y protegida, ligada a la naturaleza) una sociedad moderna en cambio, cuya totalidad se rompe por la especialización y por la pérdida de las raíces, abierta y entregada a las decisiones personales.

P. Valadier acentúa en la sociedad moderna la deliberación, la búsqueda de consenso, la discusión, al no conocerse a priori la instancia reguladora del conjunto social. De ahí la capacidad crítica de la propia tradición y la conquista de la naturaleza por la razón científica.

H. Vaz relaciona la idea de la modernidad con el surgimiento de la conciencia histórica, que consigue captar la novedad cualitativa del presente que se va imponiendo (moderno viene del adverbio latino *modo* = hace poco, recientemente).

La modernidad, proceso que remonta al nacimiento de la filosofía griega (siglo VI a C.), es una categoría de lectura del tiempo

histórico. En la «modernidad moderna» (hay muchas formas de modernidad) la subjetividad, desligada de las amarras de la antigua imagen del mundo, se destaca y desarrolla los tres discursos fundamentales de la razón, de la felicidad y de la libertad, marcando profundamente el *ethos* cultural del hombre y de la mujer en oposición a los dogmatismos y a los autoritarismos.

La modernidad ha sido también definida como la «civilización del trabajo» en cuanto el trabajo adquiere una nueva cualidad al someterse a los imperativos de la felicidad y de la razón, leyes de la modernidad. En una perspectiva teológico-pastoral, el rasgo más importante de la modernidad es la centralidad del individuo (sin discutir ahora si el individualismo es causa o efecto de la modernidad). La postmodernidad, cosa que no acontece con otros rasgos de la modernidad, refuerza este rasgo.

El individualismo triunfante

El individualismo es la configuración (no sólo un rasgo aislado) ideológica moderna. Esta centralidad de la propia persona, del individuo en búsqueda de su felicidad, hunde sus raíces bien lejos en el mundo occidental y ahora en la modernidad despunta de una manera explícita, fuerte, avasalladora. Ahora el individuo emerge como ser todavía más activo, en la dimensión de lo cotidiano. El consumismo, la permisividad moral, el relativismo de las normas reflejan ese exacerba-

miento enfermizo del individuo. Asume, a veces, formas corporativas, no por la dimensión social del otro, del bien común, sino por el propio interés de cada individuo.

En este final de siglo el individualismo se verá reforzado. Señalamos, entre otras, las siguientes razones: la tendencia de la economía que exige personas creativas y emprendedoras; la informatización creciente que reduce los contingentes de trabajadores en las grandes empresas, las cuales —subdividiéndose y despidiendo a millares de trabajadores— ponen su confianza en la iniciativa individual de los que permanecen; el sistema de remuneración, al individualizar los salarios por medio de bonos, acciones de empresa, participación en los beneficios de acuerdo con la productividad individual; las posibilidades de la informática que permite fabricar productos que satisfagan las exigencias e incluso los caprichos de cada individuo; la creciente importancia económica de las pequeñas empresas y su organización en pequeños grupos de decisión (el «toyotismo»); la posibilidad abierta por *internet* de recibir y transmitir información. Reforzará también el individualismo la tendencia de la sociedad del futuro a dar más importancia al ocio y a las artes, así como a las experiencias espirituales en un pluralismo de formas religiosas.

Características del individualismo moderno y posmoderno

Desde el inicio de la moderni-

dad moderna, el hombre y la mujer colocan su experiencia como criterio de verdad, de decisión, alimentándose de una ética del instante y de la urgencia, en una sociedad fragmentada, compleja y entregada a la innovación. Más individualistas se manifiestan el hombre y la mujer postmodernos: en este final de milenio el individuo se transforma en el «pivot» del mundo económico, político, socio-cultural y religioso. Este individualismo tiene dos aspectos.

En el aspecto *negativo* colocamos la falta de solidaridad con las personas y pueblos más pobres o marginados, la ruptura de vínculos y compromisos con los otros, la falta de puntos de referencia y de valores absolutos. El individuo, narcisista y frágil, siente enorme dificultad para situarse críticamente delante de una instancia de alteridad. Sin norte, a punto de perder las orientaciones, las jerarquías, las tradiciones aseguradoras, el orden cósmico, los fines autónomos, los horizontes morales, en los que se situaba y percibía el sentido de las cosas, se siente amenazado por el sentimiento de soledad de corazón, impotente delante de una realidad sin columna vertebral, habiendo perdido todo objetivo por el cual valga la pena dar la vida. Le falta la pasión.

Pero el individualismo muestra también un aspecto *positivo*. Como reacción contra la masificación, es la conciencia de la originalidad, dignidad y singularidad de cada persona humana. Expresa la emancipación del individuo de

las fuerzas que lo atormentaban en el pasado: naturaleza, destino, estructuras opresoras de la familia, de la política, de la economía feudal y de la religión. El individuo está llamado a asumir su propio

destino, a construirlo en libertad. Expresa también el deseo saludable del ser humano de realizarse a sí mismo, al sentirse interpelado a buscar su autorrealización en la libertad y en la responsabilidad.

DESAFÍOS TEOLÓGICO-PASTORALES

A nivel de organización

La nueva configuración del espacio y del tiempo en la ciudad moderna impone una revisión profunda de pensar y del actuar teológico-pastoral urbano.

1. *La nueva configuración del espacio.* El espacio tricéntrico de las pequeñas ciudades rurales venía definido por la plaza alrededor de la cual se organizaban la vivienda, tutelada por la iglesia. En esta ciudad la imagen de Dios trascendente y Señor absoluto de todo encontraba su expresión indiscutible. Había, pues, una fácil armonía entre la simbología teológica, las exigencias morales y religiosas de la Iglesia, la constelación general de convicciones, valores, procedimientos, técnicas de las que todos participaban.

El mundo urbano moderno fragmenta el espacio: la ciudad moderna es policéntrica. La plaza, lugar de comunicación, se multiplica en millares de posibilidades diferenciadas. Gracias a *internet*, el mayor símbolo de este cambio, la comunicación ya no necesita de un lugar para ser transmitida y obtenida.

Además, la ciudad moderna, sobre todo en nuestros países de cultura de corta tradición y de influencia americana, destruyó rá-

pidamente los espacios antiguos, cultural y religiosamente significativos, y esta destrucción de los espacios tradicionales afectó directamente a la pastoral y a la simbología (el imaginario) religiosa.

Nuestro inconsciente está hecho de sonidos y aromas, de toques y gustos, de visiones y sentimientos, percibidos y almacenados. Y cada vez que una tecla los provoca, brotan las experiencias pasadas. En el campo y en las pequeñas ciudades, el inconsciente religioso se forma con los inciensos de las iglesias, el doblar de las campanas, el corte majestuoso de la iglesia parroquial, el murmullo de las preces, el arrastre de las procesiones al son estridente de las bandas, el sonar de los órganos, la voz imperiosa del vicario. La gran ciudad tiene la virtud de silenciar todos estos estímulos.

La nueva lógica espacial de la gran ciudad (el supermercado ha asumido el lugar de la catedral) afecta íntimamente el universo religioso y de valores de las personas. El supermercado ha descolocado el trascendente religioso en el interior de las personas, lo ha apartado del campo visual y ha producido así un verdadero camuflaje de lo sagrado, al transferir a las realidades seculares es-

estructuras propias del mundo religioso. Teológicamente hablando, este camuflaje dificulta la percepción de lo trascendente presente en la realidad humana y establece una relación deformante entre transcendencia e inmanencia.

Con el misterio de la encarnación, la teología cristiana ofrece la verdadera clave de interpretación de las realidades terrestres: lo humano es sacramento de lo divino. Ello supone una clara percepción explícita y refleja de la doble realidad y de su articulación. El camuflaje del espacio religioso en el mundo urbano oculta esa percepción y deforma, por tanto, la articulación. Para una verdadera y auténtica experiencia religiosa, ambas realidades —el templo y el supermercado— deben venir al nivel de la conciencia y la decisión. Ésta es una de las grandes dificultades teológico-pastorales de la ciudad: se viven de una manera incontrolada —inconsciente y no libremente— deseos y aspiraciones religiosas, ahogadas en un mar de solicitudes seculares.

Para que la instancia religiosa pueda ejercer su papel crítico «divinizante» de lo humano-secular no se debe volver al dualismo natural-sobrenatural, sino a la polaridad tensa, consciente y refleja entre transcendencia-inmanencia, fe-realidad secular en la unidad de las acciones.

La lógica de la fe católica es eclesial, se basa en lo comunitario, produciéndose una permanente contradicción entre el discurso teológico-pastoral y la lógica urbana, la cual no tiene centros, sino intereses en torno a los

cuales se reúnen las personas. Es verdad que favorece momentos comunitarios, pero no la creación de comunidades. Como ejemplo: la precariedad de los innumerables intentos de cristianos de vivir en comunidad.

La concentración demográfica territorial urbana (el caso de las favelas de muchas ciudades del Brasil, expresión de la marginación y de la exclusión social) ha desestructurado el trabajo pastoral y apagado en muchos las reminiscencias religiosas de su lugar de origen. Como consecuencia de la desorganización espacial de nuestras grandes ciudades ha crecido la violencia y el grado de criminalidad. Produce miedo ir por la ciudad. Y esto repercute directamente en la organización de la pastoral (las vigiliass nocturnas de Semana Santa o de Navidad).

2. *La nueva configuración del tiempo.* El tiempo, cíclico y lento, del calendario rural, se acelera en la ciudad. La pluralidad de ofertas de placer de la ciudad y el impacto fundamental de los medios de comunicación van acelerando la sensación de falta de tiempo, que refleja una cuestión fundamental de prioridad de las opciones. Y las prioridades se establecen por la imposición o por la libre preferencia.

El mundo urbano obliga a la mayoría de las personas a un tipo de trabajo, de locomoción, de cuidados familiares que terminan por restringir, en gran medida, los tiempos dedicados antes a lo religioso, por la enorme presión que la religión imponía a las personas.

En el mundo urbano, cuya ideología extremadamente secular está centrada en el placer inmediato del sujeto, las motivaciones religiosas pierden fuerza. Lo religioso únicamente es atractivo si provoca placer, satisfacción y si entra en agresiva concurrencia con otras formas de placer y gozo ofrecidas, en un espectro mucho más amplio, por la ciudad.

La creciente necesidad religiosa en el mundo de la tecnología avanzada se da a nivel de búsqueda de la satisfacción y no por convicción de fe. Ahí reside uno de los nudos teológico-pastorales: o se entra en este juego de presentar formas religiosas de autosatisfacción que tengan suficiente fuerza para imponerse como prioridad buscada o mantenemos las pretensiones de libertad, de conciencia, de compromiso, de exigencias de fe cristiana. Después del Vaticano II, la pastoral experimenta ciertas dificultades para embarcarse en la aventura de organizar los actos religiosos en función de las necesidades inmediatas y apremiantes de las personas como hacen ciertas Iglesias pentecostales autónomas. Ahí radica su incapacidad de convertirse en prioridad buscada por las personas.

La cuestión de la organización del tiempo se complica por otra causa: la simultaneidad de sociedades existentes en nuestra ciudad (personas que viven todavía en su mundo rural arcaico; otras que viven ya a ritmo de ciudad industrial moderna, y hay quienes han pasado la frontera para la postmodernidad informatizada y

postindustrial). Y en cada una de ellas la función de lo religioso y del ocio varía grandemente no sólo en su expresión sino también en su concepción más profunda.

En las sociedades tradicionales, la religión valía por sí misma, por su función social objetiva tutelar de la vida social y por su valor intrínseco de garantizar la vida eterna. El ocio, a su vez, cumplía una función en referencia al trabajo: descansar para poder trabajar más y mejor. No tenía un valor por sí mismo. En la sociedad moderna y postmoderna se invierten significativamente la comprensión de la religión y del ocio, disminuyendo la religión su espacio y aumentándolo el ocio. Éste adquiere ya valor por sí mismo y la religión vale en cuanto responde a necesidades concretas de la persona.

Este cambio produce un enorme impacto sobre lo religioso. Los tiempos, antes dedicados a lo religioso, se orientan hoy hacia el ocio, y lo religioso atrae en la medida en que participa más del ocio que de la obligación, más del gozo que de su valor objetivo y funcional. Implica también una inversión teológica de la propia imagen de Dios, menos un Juez supremo o un legislador exigente y más un Dios de amor y de libertad.

Alguien podrá preguntarse si no es una traición al cristianismo y a la Iglesia católica ir abandonando una religión de prescripciones y de mandamientos. La respuesta está en la profunda tradición jesuana y paulina del énfasis so-

bre el amor y la libertad, que San Agustín resumiría en su famoso apotegma: *Ama et fac quod vis*. ¡Ama y haz lo que quieras!

Para esa nueva visión urbana de la religión y del ocio, tal vez se encuentre alguna luz teológico-pastoral en la diferencia, bien trabajada por la Iglesia católica, entre libertad-de y libertad-para. La primera expresa una concepción de religión de la libertad en que los vínculos de la ley, de la obligación se someten al principio fundamental del amor, de la experiencia salvadora de Dios, de la gracia vivida y experimentada como liberalidad divina. La libertad-para destaca la dimensión de compromiso, que supera las propias exigencias de la ley, a que lleva ese amor. San Pablo nos alerta para que no entendamos esta libertad como motivo de libertinaje.

En el nivel del imaginario y de los valores

Los desafíos de la ciudad moderna a la teología y a la pastoral alcanzan al propio imaginario de las personas o a su universo de valores. Para la modernidad urbana el valor supremo gira en torno a la utilidad para el individuo aquí y ahora. En la modernidad todo se somete a los criterios de lo útil (eficacia, competencia, bajos costos). Las personas esperan de la pastoral —de los pastores— que realicen en sus prácticas estos criterios: esperan un servicio eficaz y competente, con un equilibrio entre costos y beneficios. La pastoral tiende así a profesio-

nalizarse. En el imaginario de las personas, la utilidad impregna las realidades de una enorme transitoriedad, el tiempo de la utilidad tiende a disminuir cada vez más. Ante esta transitoriedad del «usar y tirar», la Iglesia sigue manteniendo, aunque haya introducido numerosos cambios, muchas de sus estructuras con relativa rigidez.

En la política, con la sustitución de los monarcas absolutos y vitalicios por gobernantes elegidos por períodos cortos, el *ethos* democrático ha ayudado también a la creación de este imaginario de transitoriedad. Ese mismo *ethos* democrático asocia a las funciones públicas el carácter de elección popular, de un control periódico por parte del pueblo de desempeño satisfactorio o no del político. Ese nuevo imaginario democrático choca con la pastoral de una Iglesia cuyos agentes principales —obispos y párrocos— asumen sus tareas sin el sufragio popular y, frecuentemente, no responden a los criterios de utilidad, eficacia y equilibrio entre costos y beneficios. Y, a pesar de ello, son mantenidos en sus cargos por la vía una autoridad que es externa al universo en que se desarrolla su actividad pastoral. La duda pastoral está entre si el *ethos* democrático manifiesta el actuar de Dios en la historia e interpela a la Iglesia, o si este *ethos* democrático en este punto refleja unos valores a los cuales la Iglesia, por su vocación propia, puede responder de otra manera.

En cierta manera, se asocia al

imaginario de la transitoriedad la experiencia creciente de la fragmentación de la vida urbana. La vida rural es como una inmensa ánfora, que se puede captar en su totalidad con una sola mirada. En la sociedad urbana la ánfora se ha roto en pedazos. Por un lado, se ha perdido la posibilidad de ver toda la realidad con una sola mirada; pero, por otro, cada uno puede juntar los trozos, ordenarlos y crear su propio caleidoscopio. Ello significa mayor espacio para la libertad, para la responsabilidad, para las decisiones personales ante el pluralismo deslumbrante de la oferta. Y exige mayor madurez: construir es más difícil que recibir.

Para las nuevas generaciones implica aprender menos lo aprendido (disponible en multitud de programas informáticos) y, en compensación, exige mayor creatividad para saber cómo trabajar toda esa mole informativa. En términos pastorales, lo que se aprende en el seminario para después aplicarlo en la parroquia, parece más determinado a inhibir la creatividad, a preparar burócratas repetitivos que a preparar realmente el pastor del mañana, creativo, original, diferente. A medida que nos adentramos en la cultura urbana de la rapidez y de lo momentáneo, menos espacio hay para las pastorales fijas, repetitivas, mecánicas. Es el paso de la máquina de escribir a la agilidad infinitamente creadora del ordenador.

La pastoral debe enfrentarse también con la magia de la ciudad: a pesar de todas sus miserias, la

gente la busca y quiere permanecer en ella. ¿Qué existe en el imaginario urbano que atraiga tanto y retenga a las personas?

La ciudad seduce. Sus luces brillan, sus colores ofuscan. La dimensión de la estética adquiere cada vez más importancia para todos, incluso para aquéllos que viven una vida dura, pobre. La pastoral es desafiada por la belleza: a medida que las celebraciones litúrgicas se revisten de alegría y de fiesta, despiertan interés. Quizás uno de los impases de la pastoral juvenil provenga de la dificultad de las parroquias de ofrecer situaciones y experiencias de belleza para los jóvenes.

La ciudad es el espacio de los sueños. La ciudad es una fuente de ilusiones, un palco de las infinitas posibilidades en oposición a la rigidez y estabilidad del mundo tradicional rural. El pluralismo en el modo de vivir va abriendo a las personas para lo diferente, para la sorpresa.

Quizás nuestra pastoral no consiga responder a esta expectativa urbana y siga repitiendo los moldes rurales ya conocidos. Es difícil construir una pastoral urbana creadora cuando las cartas de nuestra baraja dominical son ya de antemano conocidas: todo lo que el fiel va a experimentar, ver, sentir, oír son, para él, algo ya conocido. ¿Cómo conseguir que la afirmación teológica del Dios siempre mayor, siempre nuevo, se traduzca en experiencias concretas de novedad?

La ciudad es el espacio de la tolerancia. Poco a poco en la ciudad se va aprendiendo a convivir

con las más diferentes posturas, adoptando una actitud interior de respeto o, por lo menos, de indiferencia. La pastoral quiere hacer pasar valores definitivos, compromisos inquebrantables e irrevocables. Ante la fluidez axiológica de las ciudades, la pastoral propone a la libertad la capacidad de asumir decisiones responsables y permanentes. Esta convicción ya no se adquiere desde la autoridad, debe pasar por una reflexión detallada sobre las propias experiencias, conjugando las frustraciones del extremo relativismo moderno y las alegrías de las fidelidades continuadas. Merecerían más relieve las celebraciones de jubileos y las bodas de compromisos prolongados.

La ciudad es el lugar de la religión invisible. Es el otro nombre de la secularización. Lo religioso pierde su localización externa, se interioriza. Pero las realidades interiores se mantienen si consiguen ser alimentadas por la convicción y si ostentan un mínimo de visibilidad y de exteriorización. La religión necesita encontrar momentos y lugares de visibilización que nazcan de la convicción y que refuercen. Ello implica creatividad pastoral.

La posición conservadora de querer mantener intacto un modelo oficial de religión, puesto ya socialmente en cuestión, introduciendo algunas correcciones, no tiene futuro. La aceleración de los cambios sociales, la fragmentación creciente de los universos simbólicos globales, la segmentación de grupos sociales, el surgimiento ininterrumpido de sub-

culturas, el impacto avasallador de los medios de comunicación, las posibilidades de conocimiento ofrecidas por *internet* y otras redes, desacreditan un modelo religioso único, que se quiera imponer en nombre de la tradición y de la autoridad.

Tal impacto no seculariza la religión en el sentido de apagar totalmente los deseos religiosos, más bien los despierta con un doble efecto. En primer lugar, la televisión ha habituado a la gente más al mundo de la imagen que al de la letra. Y el cristianismo es básicamente una religión del Libro. Siguiendo la tradición semita de la sinagoga y la valorización griega de la idea, nuestras liturgias giran casi totalmente en torno a la palabra. En segundo lugar, quita la plausibilidad uniforme del modelo oficial, al permitir y potenciar la creación de expresiones variadas y divergentes de los modelos oficiales. El juego entre el pluralismo teológico-pastoral y la unidad católica innegociable es una tarea sin término.

La interiorización de la religión es inexorable en la sociedad moderna y por eso ella debe respetar y responder a las demandas y necesidades de las personas, lo cual no significa necesariamente satisfacer sin más tales necesidades, como hacen muchas Iglesias pentecostales. Tarea de la pastoral es un esfuerzo hermenéutico para conseguir, manteniéndose fundamentalmente fiel a la expresión católica de la fe, una versión asimilable en la actualidad.

La religión invisible se alimenta del fuerte individualismo de la

sociedad y de la ciudad moderna. El individuo en busca del placer, sometido al anonimato y a la dureza cotidiana de las grandes ciudades, buscará lo religioso como goce. En este contexto, se entiende la nueva ola religiosa y espiritualizante de la Nueva Era. Este fenómeno de la Nueva Era, que abarca un arco amplio y ecléctico, desde las experiencias místicas a las terapias excéntricas, es en el fondo un sueño de armonía, de paz, de placer, de belleza, de gozo, del deseo de ultrapasar a través de ejercicios y técnicas los límites del cuerpo material, de la vida te-

rrena, de los conocimientos científicos positivistas, del espacio cerrado del ego...

Paradójicamente, la situación de pluralismo generada en las ciudades, en vez de permitir más libertad y elección libre, produce en algunos el efecto contrario: una minoría insegura busca una institución rígida y autoritaria. La ciudad se convierte así en un espacio propicio para el movimiento fundamentalista militante y, frecuentemente, de corte fanático, tanto en el campo católico como en el evangélico.

EN BUSCA DE PISTAS PASTORALES

En términos genéricos, la Conferencia de Santo Domingo propugna la inculturación del Evangelio en la ciudad: «...buscar las nuevas expresiones que permitan evangelizar los ambientes marcados por la cultura urbana (con sus valores, expresiones y estructuras características en la que predominan las relaciones funcionales) e inculcar el Evangelio en las nuevas formas de cultura emergente, discerniendo sus valores y sus contravalores y captando su lenguaje y sus símbolos».

Nueva configuración de los valores

Superando una lectura en blanco y negro, podemos afirmar, que en la sociedad urbana y en la rural no hay ni más ni menos valores: en la ciudad se ha produci-

do un proceso de nueva configuración de los valores, modificando los ejes estructurados de la cultura rural. La sociedad moderna urbana estima en gran manera la individualidad en su búsqueda de realización en el presente a través de la elección entre las infinitas posibilidades ofrecidas en continua variedad creativa. En la ciudad, los valores fundamentales de libertad, autonomía, respeto a las individualidades, del despertar de la personalidad, de la emancipación de las sofocantes tradiciones culturales, familiares, eclesásticas, emergen con mayor fuerza, mientras quedan oscurecidas en la vida rural, la cual bajo el manto de cierta moralidad, especialmente de naturaleza sexual, escondía mucho más sus inmundicias.

Se ha relacionado (J. Comblin) el espíritu de la ciudad con la aspiración a los valores básicos de

la persona humana, pudiéndose hablar de una forma de «realización del Reino en la ciudad», ya que la ciudad es el lugar propio para muchos valores típicos del Reino. Basta recordar que el cristianismo se sintió más cómodo en la vida urbana que en la rural.

Entre todas las religiones mundiales, el cristianismo tiene el doble privilegio de poseer un mensaje altamente asimilable por la ciudad y de haber acumulado desde sus primeros contactos con ella experiencias primordiales. El mensaje cristiano apela directamente a la libertad y carga más el peso sobre la decisión personal que sobre la recepción de las tradiciones religiosas del pasado. Además, la ciudad permite realizar más fielmente el encuentro con Dios en el servicio y amor al hermano más necesitado.

No se puede negar al cristianismo ni su origen judío ni su originalidad (la llamada a la conciencia personal insistiendo en la conversión). De su origen judío conserva un sentido de pueblo, de colectividad, de organización popular, de socialización de los bienes. El modelo de la comunidad primitiva de Jerusalén permaneció siempre en el horizonte utópico de los cristianos. Sólo se podrá superar el aspecto de inhumanidad de la ciudad a través de la solidaridad en el espíritu de la comunidad de los Hechos de los Apóstoles. Su originalidad radica en la llamada a la conciencia personal insistiendo en la conversión, dimensión personal que responde al *ethos* urbano marcadamente individualizante.

Los dos modelos fundamentales de sociedad de los últimos siglos se expresan en un triángulo en orden decreciente de valor y dominio: Mercado, Estado, Sociedad civil (modelo capitalista), Estado, Mercado, Sociedad civil (socialismo). Los dos fallan radicalmente: si el Mercado como fuerza decisiva central consigue generar mucha belleza no pone pan en la mesa del pobre; si el Estado consigue distribuir pan, no cuida de la belleza.

El neoliberalismo, como expresión actualizada del capitalismo, y el tipo de desarrollo de la microelectrónica y de las técnicas afines acrecientan el grave problema social del desempleo y el aumento progresivo de los excluidos. El Mercado no tiene la más mínima sensibilidad para los excluidos, ya que no forman parte de él ni como productores ni como consumidores. En el sistema capitalista, el Estado también se desinteresa de ellos, ya que sus prioridades giran en torno del capital.

Para conjugar pan y belleza, la ciudad moderna debe colocar en su centro a la Sociedad civil, la cual debería responsabilizarse de organizarse solidariamente para hacer frente al desempleo y a la exclusión. Y en el interior de la Sociedad civil, la Iglesia, sobre todo en un país masivamente católico, está llamada a crear una verdadera cultura solidaria.

El ejemplo de Pablo, quien se enfrentó al mundo urbano de su tiempo, puede ayudarnos. El mensaje cristiano anunciado por Pablo salió al encuentro de las ex-

pectativas de las clases populares urbanas, desarraigadas, desligadas de los dioses de sus tierras de origen y abiertas a una religión que los acogiese. Pablo consiguió conjugar la difícil tensión de no permitir que el evangelizador fuese un impedimento para la evangelización, haciéndose «todo a todos» (1 Cor 9,12), pero tampoco permitir que perdiese la identidad cristiana acomodándose al mundo presente (Rm 12,2).

Una eclesiología en construcción

La pastoral rural refleja una Iglesia estable, inamovible, y sus estructuras pastorales, resumidas en la institución de la parroquia, participan de esta estabilidad multisecular: repetición de ritos, de experiencias, de ofertas simbólicas, de expectativas. Esa vivencia práctica configura la mentalidad, el imaginario eclesiológico del clero y de los fieles. Obispos y párrocos pueden continuar durante décadas y décadas, firmes e inmutables en sus puestos, independientemente de si responden o no a las necesidades del pueblo.

La ciudad introduce la experiencia de una movilidad que asusta, de una eclesiología en construcción. Teológicamente, una tal eclesiología implica un cambio en la comprensión de la relación entre Jesús y su Iglesia, entre la Iglesia y el Espíritu Santo. Se pasa de un modelo lineal vertical a un modelo concéntrico (L. Boff). El modelo lineal pone en el inicio de una sucesión al Jesús his-

tórico, el cual establece de un modo definitivo las estructuras eclesiásticas que los apóstoles y sus sucesores deben conservar. El modelo concéntrico coloca en el centro a Cristo-Pneuma, presente en la Iglesia de todos los tiempos, para animarla, para suscitarle una creatividad inventiva,

A medida que se modifica en profundidad esa concepción eclesiológica, atribuyendo a la presencia de Cristo-Espíritu una mayor relevancia y asumiendo más seriamente la historicidad de las instituciones, el espacio para la creatividad se abre: coraje profético, capacidad de iniciativa, aceptación del riesgo. Sólo a partir de una concepción eclesiológico-pastoral de construcción, de riesgo, se conseguirá acompañar el ritmo de la ciudad.

Los espacios-intereses de vivencia en la ciudad

Entramos ahora en el punto nodal de la pastoral urbana: la separación entre lugar/espacios y lugar/intereses. El lugar/espacio continúa siendo importante como símbolo del *status* social: mientras unos se adelantan para citar el nombre de su barrio que denota su alta condición social, otros sufren para dar el nombre del suyo que revelaría su situación de pobreza o de miseria. El lugar/espacio entra en el juego de las empresas constructoras, ofrece mayor o menor seguridad, mayores o menores facilidades consumistas o de diversión. Muchas veces se escoge un lugar/espacio para evitar la presencia de otras

personas, para «buscar tranquilidad». En este sentido el lugar/espacio se caracteriza por la no-relación.

El mundo de las relaciones deja el lugar/espacio y busca el lugar/interés, el de las elecciones, el de las decisiones. Las actividades humanas plurales y diversificadas se desparrraman por la extensa geografía de la ciudad, tejiendo una red de centros de interés.

El futuro de la pastoral urbana se encuentra en tener presencia en muchos de estos centros de interés o en crear otros, no dejándose encerrar en las estructuras espaciales de la parroquia. Y esos centros pueden tener el tamaño de una comunidad, de una parroquia, de un conjunto de parroquias, de una diócesis, o de distancias incluso mayores. Hay grupos de oración-reflexión o de estudio, de personas que vienen de ciudades diferentes, que se reúnen en torno a un polo, el cual puede ser una persona, una actividad, un tema.

En el fondo es un cambio en el paradigma pastoral. El paradigma lugar/espacio se orienta principalmente a las personas que circulan en torno a la Iglesia: los fieles. El paradigma lugar/interés se dirige a las personas que se reúnen por las más diversas razones, ya estén integradas o alejadas del esquema eclesial. En este sentido responde más a la naturaleza misionera de la Iglesia.

A medida que el interés religioso va creciendo en el mundo, la pastoral deberá enfrentarse con la delicada cuestión del diálogo

interreligioso. La ciudad, lugar de libertad y de pluralismo, es un escenario gigantesco de expresiones religiosas (tradicionales, modernas, convencionales, exóticas...), ante las cuales una pastoral urbana vinculada al lugar/espacio no estará en condiciones de dar una respuesta.

De las estructuras a la red

La ciudad moderna, cada día más envuelta por la ola de la informática, inicia un proceso nuevo de desmonte de las estructuras agigantadas que creó anteriormente. Es un fenómeno nuevo cuyo alcance todavía se nos escapa. En lugar de pesadas estructuras tanto en el mundo industrial como en el de los servicios, se va creando una malla de núcleos interligados por las infovías.

Ya no se puede pensar una pastoral urbana desconociendo ese mundo de las redes de comunicación, de la informática. Se abren posibilidades pastorales inimaginables que rompen las barreras espaciales del delimitado territorio parroquial. Las grandes ciudades se presentan como un laboratorio excelente de nuevas experiencias en este campo.

Concretando, la pastoral urbana pedirá cada vez más pequeñas comunidades de vivencia de fe, articuladas entre sí y con la Iglesia, la cual garantizará la necesaria identidad católica, mientras la comunidad menor propicia la vitalidad espiritual en la vivencia de la fe, de la caridad, de los sacramentos. A través de *internet*

cualquier católico puede ampliar su horizonte eclesial, comunicándose con el Vaticano, con otras Iglesias y organizaciones católicas del mundo entero. El sentido de catolicidad se mantiene así más vivo que nunca y para su vivencia personal de fe la pequeña comunidad ofrece el humus necesario.

Conclusión: trabajar las nuevas formas de subjetividad

Las tareas de una pastoral urbana se extienden hasta el infinito. A modo de conclusión vale la pena insistir en la necesidad de que la pastoral urbana trabaje las dimensiones de la subjetividad. Entre los rasgos de la subjetividad moderna se pueden enumerar el deseo de autonomía, de felicidad, de realización personal, de esperanza en un futuro mejor, de busca del consumismo. Es un juego ambiguo de valores y contravalores mezclados en un movimiento creciente.

Queda claro en la sociedad moderna y urbana que el acceso de las personas pasa, en cierta manera, por la mediación de la subjetividad, por la óptica de la experiencia existencial, por la búsqueda de satisfacción placen-

tera. Y para elaborar un discurso existencial es necesaria la proximidad a las personas a las cuales va destinado. Eso implica por parte de los dirigentes eclesiales el salir de sus torres de marfil y la mayor aproximación posible a la vida cotidiana de sus fieles. Sólo a partir de estos contactos se elaborarán los discursos, se descubrirán las prácticas, se organizarán las pastorales adecuadas a las necesidades existenciales de las personas.

El nuevo rostro de la Iglesia en la ciudad exige proximidad y acogida para que las personas sientan el calor humano y salgan de la frialdad anónima de la gran urbe. Pero es también necesario que la Iglesia rompa la pequeñez de los espacios parroquiales, se extienda por los diversos centros de interés y rompa todas las distancias por las infovías. Sólo de esta manera logrará conjugar lo micro de la acogida personal con lo macro de la omnipresencia mediática. La pastoral no debe dejarse atenazar por ninguna distancia geográfica o de interés, por grande que sea, sino que debe caber en la pequeñez del *tête-à-tête* con algún solitario o carente de calor familiar.

Tradujo y condensó: MIQUEL SUÑOL

Según la célebre fórmula de Karl Barth, «el cristiano necesita de la Biblia y del periódico». La Biblia le dice que Dios ama la humanidad. El periódico le dice cómo es esa humanidad que Dios ama.

H. COUSIN, *Écrire une «Vie de Jésus»?*, La Vie Spirituelle 149 (1995) 542.